

ADVOCACIONES MARIANAS EN CANARIAS Y CUBA
(EL CULTO A LA VIRGEN DE CANDELARIA
Y SINCRETIZACIÓN CON EL CULTO AFROCUBANO A OYÁ)

MARÍA ELENA SOTO LÓPEZ

Y ahora es tiempo de levantarme y de trazar
mi amplio gesto diciendo:
luego de la primera muerte, señores, las imágenes,
invéntense los jueves,
los unicornios, los ciervos, los asnos
y los frutos de la demencia
y las leyes, en fin,
y el paño universal del sueño
espeso de criaturas, de fábulas, de tedio...

ELISEO DIEGO

El segundo discurso: Aquí un momento

Cuando en 1940, don Fernando Ortiz, eminente antropólogo cubano, acuñaba el término *transculturación* aplicado al estudio en sistema de la realidad social cubana, sentaba las bases para el análisis desprejuiciado de su identidad cultural, al tiempo que propiciaba su interpretación dialéctica al asumirla como *proceso*, surgido de un complejo fermento social donde se integraron elementos culturales de diversas procedencias.

En este «caldero de América», los elementos componentes de la mezcla, desliéronse o añadieron un punto de sabor, caracterizando la esencia de un *pueblo nuevo*, para emplear la terminología de Darcy Ribeiro¹. El «caldo de la cubanidad» quedó así definido desde sus orígenes como consecuencia de añadidos constantes y sucesivos.

De la cultura espiritual de los aborígenes cubanos muy poco ha llegado hasta nosotros; la rápida desaparición de los amerindios cubanos por los efectos devastadores de la colonización, trajo como consecuencia

un segundo poblamiento de la Isla, ante la falta de mano de obra desde mediados del siglo XVI. Este flujo migratorio que se continuaría poderosamente hasta el año de 1920, para disminuir en la década siguiente hasta desaparecer, determinó, en el transcurso de su desarrollo, el surgimiento de un *perfil cultural*, «de un ente nuevo con sus caracteres, afirmaciones y negaciones, sus problemas y posibilidades»².

Una *cultura mestiza* como la denominara José Martí, fue el resultado del contacto prolongado entre dos importantes núcleos humanos: *españoles* —peninsulares e isleños— y *africanos*. Otras razas y etnias como los *chinos* y los *indios yucatecos*, aunque en menor cuantía, vendrían a incorporarse durante el siglo XIX a un proceso de irreversible afirmación de los valores nacionales, como expresión de una conciencia colectiva y su espíritu de otredad.

Desde este sedimento dinámico, lo transculturado se manifestó en lo concerniente a la religión, en el fenómeno sociológico y cultural denominado *sincretismo*: una amalgama de creencias y rituales pertenecientes a religiones diferentes, dieron por resultado el surgimiento de nuevos cultos en el nuevo contexto. La consolidación de sus formulaciones ideológicas y de su pragmatismo ritual, se verificaron a lo largo de un proceso continuo en el transcurso de la historia de Cuba, y son aún hoy, objeto de constantes readecuaciones.

Desde finales del siglo XVI, pero de un modo particularmente intenso y sistemático a partir del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, se «trasplanta» a la isla de Cuba, aparejadamente con el aumento de la industria de la caña de azúcar, la *mitología yoruba*.

Al contacto con la realidad antillana, esta religión sufrió alteraciones debidas al *choque cultural con otras etnias africanas* y con la *religión católica* portada por los colonizadores españoles, la cual tuvo *carácter oficial*, frente a la *marginalidad* a la que se vio relegada aquella procedente del «etnos» afrocubano.

Se produjo así de manera espontánea, un sincretismo religioso, tendiente a *equiparar estas cosmogonías*: las funciones y poderes de los santos católicos se mezclaron con las cualidades y avatares de los *orishas*, dando por resultado la llamada *Regla de Osha o Santería*, cuyo panteón —el universo de sus orishas—, sistema de creencias y estructura ritual, se basa en su análogo yoruba de origen nigeriano, y su sincretización con las vírgenes, santos y liturgia católica.

«Culto a los santos, adoración a los orishas, ningún nombre más acertado que el puesto por el pueblo a este extendido culto afro-cubano: santería»³.

La Santería, inmersa en la presencia de diversos cultos sincréticos en Cuba, responde a la organización de más alta jerarquía, presentando estructuralmente, una enorme riqueza musical, visual y teatral en su más amplia acepción integrativa.

Este sistema de pensamiento, híbrido desde sus orígenes, ha fungido en la sociedad cubana como factor aglutinante de núcleos heterogéneos, contribuyendo a la formación de una conciencia colectiva y una idiosincrasia cuya comprensión expresa —dado su carácter genuinamente popular— las ambivalencias y contradicciones de la cultura cubana.

Ahora bien, la idea de la génesis de estos cultos sincréticos como limitados a una necesidad social de encubrimiento y permisividad, apunta a un desconocimiento de las causas concretas, históricas, sociológicas y culturales de su desarrollo. El sincretismo religioso opera ante todo por un particular sentido de socialización donde la presencia simultánea de cultos diversos, generó no la simple asimilación o aceptación de unos y otros, sino una *reinterpretación y refuncionalización* de los mismos desde el marco de la nueva cultura: *la coexistencia produjo la mezcla*.

El desarrollo de un fuerte movimiento de resistencia cultural, no pudo sustraerse al influjo de la cultura blanca hegemónica de origen europeo. Sobre todo fueron los esclavos urbanos y los grupos de negros y mulatos libres entre los siglos XVIII y XIX, no sometidos a controles deculturadores tan severos como los esclavos de las plantaciones, en los que se manifestó una tendencia a la transculturación de valores.

La necesidad de definir lo nacional frente a las orientaciones metropolitanas, se coloca, en el siglo XIX cubano, en el punto de mira de la sociedad, siendo prioritario sobre los conflictos históricamente existentes de raza y clase.

Los *inmigrantes canarios*, pobladores agrícolas por excelencia de la isla de Cuba desde los primeros siglos coloniales, trasladaron sus costumbres y creencias al nuevo medio natural y social.

Con anterioridad al establecimiento de las asociaciones benéficas y protectoras de la inmigración canaria a finales del siglo XIX y las asociaciones mutualistas en las primeras décadas del presente siglo, los canarios necesitaron un elemento de identificación colectiva en el nuevo contexto.

A estos efectos, el fervor religioso depositado en el culto a la *Virgen de Candelaria*, resultó el elemento donde los «isleños» se identificaron de conjunto; al emigrar a América, los canarios lo hicieron

como canarios y no como naturales de sus islas respectivas, lo que justifica su devoción generalizada por la patrona de las islas, portada ahora como abogada de marineros y emigrantes.

Su culto se extendió con rapidez por el continente americano, atestigüando su existencia la basílica construida bajo su advocación a comienzos del siglo XVIII en el mismo centro de Caracas y la celebración en el estado de Cagua, también en Venezuela, desde 1772, del mismo ritual de aparición de la Virgen que se efectúa en el santuario isleño.

El aumento considerable de la población registrado en Cuba durante el siglo XVII, se debió en parte a la presencia de familias enteras de canarios cuyo aporte fue vital para la fundación de ciudades como Matanzas, la villa de Guanabacoa y el pueblo de Santiago de las Vegas, estos dos últimos en los alrededores de La Habana.

Del mismo modo, la fundación de otras ciudades, villas y pueblos como los de Consolación del Norte, Wajay, Chambas o Morón, surgió unida al culto de la Virgen de Candelaria. En otras zonas del país como San Antonio de las Vueltas, Ceiba Mocha, San Felipe y Santiago de Bejucal, su devoción se impuso por el número mayoritario de canarios en su composición poblacional.

Las fiestas, verbenas y ferias celebradas en su honor, como las de Vueltas, Ceiba Mocha, Consolación del Norte o las del hermoso pueblo de Candelaria en la provincia de Pinar del Río, eran celebraciones de gran arraigo popular que atraían a la población de amplias zonas rurales, soliendo éstas rebasar los marcos impuestos por el ritual católico, con la celebración de bailes en sociedades de negros y blancos, torneos a caballo, lidias de gallos y hogueras purificadoras.

Evidencias de un poblamiento importante canario con anterioridad al siglo XIX en la región occidental de Cuba, son las edificaciones religiosas entre las que caben destacar por su valor arquitectónico, la construcción en 1722 de la parroquia de Bejucal, bello exponente del barroco en la Isla, y en Guanabacoa, la de Candelaria conocida como de Santo Domingo, bastante más antigua, pues el culto a la Virgen en esta villa data del siglo anterior, debiéndose la fundación del actual templo —1748— a la religiosidad de los canarios.

La entrada masiva de inmigrantes llegada a Cuba en la segunda mitad del siglo XIX, entre ellos miles de canarios que en calidad de braceros se integraron al desarrollo impetuoso de la industria azucarera, se vieron inmersos en un ya irreversible proceso de expresión de la nacionalidad.

Cuatro siglos de continuos intercambios dieron sus resultados en

aquel clima de fruta abierta. La emoción juega un papel fundamental en la creación de toda conciencia colectiva y los mitos por los cuales ésta se manifiesta.

El mito yoruba y el mito cristiano se abrazaron para otorgarles una nueva dimensión, no ajena al entorno por su esencia: desde su dimensión cultural, los cultos sincréticos vierten claridad sobre las vicisitudes y el ambiente en que éstos se generaron.

La popularidad de la Santería, culto sincrético de gran difusión en Cuba, alcanza al presente desde una práctica donde la noción de familia numerosa que engloba a los vivos y los muertos, impone su preferencia por los rituales colectivos, sensuales y directos.

Así sentimos la presencia de *Oyá* o *Yansá Orirí*, que entre los cubanos se sincretiza con el culto a la *Virgen de Candelaria*.

Procedente del mito yoruba y al igual que aquella, la *Oyá* cubana es *orisha guerrera, guardiana que defiende y castiga* a los hombres creados por el orisha *Obbatalá*, que «es la bóveda celeste o *jícara superior* de las dos en que se dividió la esfera, *güiro o calabaza del mundo*»⁴.

A veces el valiente y pendenciero *Changó*, se *disfraza* con sus ropas para engañar al enemigo o enfrentarlo disimuladamente; *Oyá* es su *cómplice en los asuntos bélicos* y en *amores* se lo *disputa* a sus hermanas *Ochún* y *Obba*, *conquistándolo* con su *desafiante personalidad*.

Acompañada de un ejército de espíritus —*egguns*— se presenta en las batallas peleando con *centellas* y *dos espadas* y cuando se *enoja*, lanza *colérica un fuego multicolor*.

Es la *Virgen*, la *Madre Tierra* fecunda, portadora de significados ancestrales. Ella rinde culto al *fuego sagrado*, el *Fiat Lux*, principio divino que dio y da origen a la vida.

De su *corona* de cobre, penden sus *herramientas*: el rayo, el pico, el azadón, el hacha, el palo, el rastrillo, la guadaña y *Ochosi*, el viejo orisha guerrero.

Es el *aspecto activo del aire*, dueña de la luz y el poder del conocimiento que ilumina, la que *vence* y *reina sobre el caos*.

Es también la *portera del cementerio*, la única que puede y sabe *mantener a raya a los eggúns*; *protege* y *cuida a los muertos* y se dice que sus *omós* —hijos— son menos proclives a la muerte.

Su *fiesta* se celebra el *2 de febrero*, fecha en que la Iglesia Católica conmemora la *ceremonia de purificación de la Virgen con cirios encendidos*.

Indistintamente, se le encienden velas a *Oyá* o *La Candelaria* cuan-

do hay mal tiempo, pues ella es la *dueña de los vientos huracanados y el arcoiris*.

En torno a las festividades católicas de la Virgen de Candelaria, los canarios asentados en Cuba, acostumbraban desde antaño a realizar la *poda de plantas* y el *corte del cabello* en las mujeres para asegurar su crecimiento, actitud ampliamente extendida entre los cubanos hoy día.

Oyá vive a un tiempo, en una *sopera de porcelana pintada de nueve colores* —la cual contiene sus *otanes* o *pedras de fundamento*— y en cada uno de sus hijos, pues *hacer Osha significa nacer otra vez y tomar el nombre del Santo que se lleve asentado*, seguido del de un objeto o el de algún santero muerto: entonces la persona tiene dos nombres, el cristiano y el de Osha que se mantiene en secreto.

Cuando el *iniciado* —*el iyawó*— es presentado al *tambor batá* en la ceremonia iniciática conocida como el *día del tambor*, reina la expectación entre los asistentes; todos esperan que el iniciado entre en *trance* y por medio del *fenómeno de posesión*, manifieste el *aché* —la gracia divina— que reencarna en su cuerpo, o sea, en su *caballo*. «...Y ese hombre, o esa mujer, que le entra santo, ya no es quien es: es el santo mismo». «Lo agarró santo, lo tumbó, lo cogió, está con santo, tiene santo...»⁵.

Al toque de los tambores y los *oru* —conjunto de cantos de secuencia fija— Oyá *baja* con actitudes violentas. Entonces se le reconoce y se viste con su corona y sus nueve pulseras de cobre, sus collares y amplia bata floreada o una falda de pañuelos multicolores, regresando a la sala grande de la casa donde bailará frente a los tambores durante horas, presa de una acción coreográfica de gestos arrogantes y giros vertiginosos, siempre a la izquierda. En éxtasis, agita furiosa su *iruke* —instrumento de limpieza— que es de pelo de caballo negro y parece una llama purificadora que crece en medio de un *remolino* y nos *invita a penetrar en la intimidad del universo*.

«A la caída del sol cesa el toque enervante de los *batá*. Se retiran los tambores al cuarto sagrado o *igbodú* (...). Inmediatamente después se recurre al juego de *ábwes* (tambores profanos también conocidos como *güiros* y, sin límite de tiempo, la fiesta semiprofana o sagrada puede continuar hasta la medianoche»⁶.

En los *bembés* o *wemileres*, fiestas de absoluto divertimento y jolgorio, también los tambores *«tocan al paso que le bailan»*⁷.

El baile es el medio por el cual se manifiesta el sentido de *sociabilidad* en estos rituales.

«La presencia del baile, del gesto, *de la acción que transcurre como discurso*, se adentran así en el canto, y éste lo es en tanto absorbe la acción danzada a la que responden los instrumentos»⁸.

En última instancia, la conducta de los creyentes está condicionada por un ambiente social donde éste se encuentra implicado directamente. El espíritu de tolerancia y la ausencia de todo proselitismo caracterizan la expresión ritual de un culto donde los dioses y los hombres comparten un espacio emocional de continuidad y cercanía.

Oyá es como sus hijas, poderosa y autoritaria, de temperamento sensual y voluptuoso. Ellas pueden ser muy fieles, aunque también muy dadas a las aventuras extraconyugales y a pesar de todo, mostrarse siempre celosas.

A Oyá le está prohibido comer —por sus ofrendas— carne de carnero y manteca de corajo, pero le encanta el arroz blanco con berenjena y los bollos de frijoles de carita.

Sus poderes son conferidos a muy variadas plantas y sus efectos, pues no hay santo sin *ewe*. Le pertenecen el flamboyán y la frutabomba, la maravilla y el revientacaballos, el marpacífico y el pepino cimarrón. Cuando se hace un *ebbó* en su nombre —ofrenda, sacrificio o purificación ritual— con el palo rompehueso se hace una cruz y se ruega «...con este arbusto de resistente madera que tiene (...) un aché muy grande. Se le presenta (...) a la tempestad que amenazaba acercarse, y en cuanto la tempestad la ve, se aleja...»⁹.

Otra «fórmula» anotada en las *libretas de santería* —apuntes y recetarios de los santeros— indica tomar un pedazo del palo cambiavoz y llevarle monte bien adentro para darle su «libertad» y con ello deshacer las amarras del espíritu con el que le hayan hecho a una persona un encantamiento y para que quien lo trabajó en mal, se las arregle con el muerto lo mejor que pueda.

Las raíces de la ceiba —el *iroko*, árbol sagrado por excelencia— «... están siempre llenas de ofrendas y monedas que nadie se atreve a apropiarse (...). Según me dice una viejita muy beata que se declara más de padrenuestros y avemarías que de otra cosa, es en la ceiba donde ha de prometerse (entre otras deidades) a Oyá (...), vestir sus hábitos, vestir promesa durante un tiempo determinado o quizá la vida entera...»¹⁰.

Sucede también que el ser santero no excluye la posibilidad de que éstos puedan ser practicantes de otros cultos. Los santeros pueden ser también paleros, abakúas, vodúistas, espiritistas, e integrar armónicamente en sus prácticas, el comulgar e ir a misa cada domingo.

De esta manera, la ceremonia santera del *itútu*, rito fúnebre que preside Oyá, y que se efectúa a la muerte de un creyente de la Regla, va acompañada de *misa espiritual* y *misa católica*.

Al *muerto* hay que *apaciguarlo, refrescarlo, tenerlo contento y bien dispuesto*, porque a ellos hay que *respetarlos tanto como a los santos*. La reverencia a los antepasados es una de las bases de este culto y por ello afirman categóricamente *que el muerto parió al santo —ikú lobi osha*.

En la ceremonia del *itútu*, Oyá *baja* y sacude con su *iruke* el rostro del muerto en señal de bienvenida al cementerio.

De entre tanta mezcla y paralelismos rituales, destaca el uso del agua y sus propiedades asociadas al renacimiento y nueva circulación de las energías. Los collares por los que se identifica a cada orisha, también conocidos como *elekes* y que en el caso de Oyá respeta la alternancia de nueve cuentas blancas y nueve negras —el nueve es su número simbólico y su marca— se ensartan rezándoles y se *refrescan* poniéndoles dentro de una sopera y echándoles agua de coco y miel de abejas. También se *lavan los otanes* o piedras de fundamento de los orishas, empleando del mismo modo agua de coco y agua de las lluvias de mayo entre otros ingredientes.

En las *paradojas* de Oyá, en la mezcla delirante de sus poderes, milagros, pasiones, purificaciones y fetichismos, encontramos una metáfora acabada de la *itinerancia cultural del hombre*.

La africana Madre del río Níger sirvió de espejo a la Virgen morena y los hombres conocieron de su puente de cristal por las vidas y transparencias que allí se entrecruzaron.

La *transversalidad de estas imágenes y su fecundidad* que llega al presente llena de vigencia, definen por derecho propio *una manera de ser y sentir lo cubano*.

Consideremos los ejemplos hasta aquí expuestos, como muestra del enraizamiento y vigencia de la Santería en Cuba, expresión de la nueva cultura producida al son de lo que vino a estas tierras por la fuerza del látigo, la utopía y las esperanzas.

NOTAS

1. RIBEIRO, Darcy: *Las Américas y la civilización*. Ediciones Casa de las Américas, Ciudad de La Habana, Cuba, 1992, p. 65.
2. ORTIZ, Fernando: *Órbita*. Instituto Cubano del Libro. La Habana, Cuba, 1973, p. 37.
3. BARNET, Miguel: *La fuente viva*. Editorial Letras Cubanas. La Habana, Cuba, 1983, p. 171.
4. ORTIZ, Fernando: Citado por M. Barnet en *La fuente viva, op. cit.*, p. 188.
5. CABRERA, Lydia: *El Monte*. Editorial Letras Cubanas. Ciudad de La Habana, Cuba, 1989, p. 40.
6. BARNET, Miguel, *op. cit.*, p. 174.
7. ORTIZ, Fernando: *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*. Editorial Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, Cuba, 1981, p. 9.
8. ORTIZ, Fernando: *Ibidem*.
9. CABRERA, Lydia, *op. cit.*, p. 608.
10. CABRERA, Lydia: *Ibidem*, p. 232.